

aquella región; creían siempre ver un ejército francés próximo á embarcarse en Tolón para Alejandría. Aquella relación de un oficial que pintaba el estado miserable de los turcos en Egipto, que manifestaba la facilidad de arrojarlos de allí, la energía y vivacidad de los recuerdos dejados por los franceses y que se quejaba especialmente del mal trato de un oficial británico, les alarmó, les ofendió y les hizo salir de la calma en que empezaban á adormecerse.

Con todo, este efecto hubiera sido pasajero á no haberlo agravado los partidos con sus declamaciones. Windham, Dundas y Grenville empezaron á levantar su grito, más que nunca enérgico, y sofocaron el de los hombres generosos como Fox y sus amigos. Esforzábanse éstos vanamente en persuadir que en aquel informe no había cosa verdaderamente extraordinaria, y que si el primer cónsul hubiera cobijado algún proyecto contra el Egipto no lo hubiera dado á luz. Negábanse á oírlos, y las reclamaciones eran cada vez más violentas; decíase que el ejército inglés había sido insultado y que su ultrajado honor exigía una satisfacción ruidosa. La impresión producida en Londres se reprodujo en París como un sonido que repiten numerosos ecos, y el primer cónsul, ofendido al ver sus intenciones siempre mal interpretadas, acabó por perder la paciencia. Apenas podía creer que una nación que debía estarle agradecida hallándose en descubierto por la demora de dos cláusulas esenciales, cuales eran la evacuación de Malta y la de Alejandría, estuviera tan pronta para quejarse, cuando, por el contrario, había tanto motivo de queja contra ella; encargó por lo tanto á Mr. de Talleyrand en París y al general Andreossy en Londres que concluyesen de una vez, provocando una explicación categórica sobre el cumplimiento de los tratados tanto tiempo diferido (1).

La explicación no era muy oportuna en aquel momento; los ministros ingleses, no atreviéndose apenas á evacuar á Malta antes de la publicación del informe del coronel Sebastiani, aún se atrevían menos á hacerlo después de ver el efecto que dicho informe había producido. Negáronse á explicarse, fundando su negativa en motivos que por la primera vez revelaban intenciones sospechosas. Encargóse á lord Withworth que sostuviera que la Inglaterra tenía derecho á reclamar una compensación por todas las ventajas obtenidas por la Francia; que el tratado de Amiéns se fundaba en este principio, pues sólo por consideración á las conquistas hechas por una de las dos potencias en Europa se habían concedido á la otra numerosas posesiones en la América y en la India; que habiéndose adjudicado la Francia, después de hecha la paz, nuevos territorios y una nueva

(1) Tenemos á la vista impresa la comunicación de lord Withworth á lord Hawkesbury del día 27 de enero de 1803, en que le participa que Mr. de Talleyrand le había interpelado con gran solemnidad sobre las intenciones de S. M. B. con respecto á la evacuación de Malta, manifestándole que lo hacía de orden expresa del primer cónsul; y no llegamos á comprender cómo pudo haber influido la publicación del informe del coronel Sebastiani en la conducta de Inglaterra, y en que el primer cónsul perdiese la paciencia y provocase aquella explicación, cuando, según acaba de decir el mismo Mr. Thiers, dicho informe se publicó en el *Monitor* el día 30 del citado mes; en suma, no concebimos cómo puede influir en una determinación un hecho futuro del que no se tiene ni sospecha siquiera.

(N. del T.)

extensión de influencia, se debían á la Inglaterra aumentos equivalentes; que por este motivo, aunque hubiera sido justo negarse á entregar á Malta, deseando conservar la paz iba á evacuarse la isla, sin intención de pedir compensación alguna, cuando sobrevino el informe del coronel Sebastiani, desde cuya publicación el gabinete británico había tomado el partido de no conceder cosa alguna en cuanto á Malta, sino con la condición de dos satisfacciones: una en cuanto al ultraje hecho al ejército inglés, y otra en cuanto á las miras del primer cónsul con respecto al Egipto, miras que se expresaban en dicho informe de una manera ofensiva y alarmante para Su Majestad Británica.

Sorprendido quedó Mr. de Talleyrand al recibir esta declaración. Aunque comprendía las inquietudes que debía causar en Inglaterra todo lo relativo al Egipto, no podía imaginarse que habiendo sido verdadero el ánimo de entregar á Malta, pudiera haberse trocado por un motivo tan insignificante como el informe del coronel Sebastiani. Manifestósele al primer cónsul, el cual también mostró gran sorpresa; pero según su carácter natural, más pareció irritado que sorprendido. Juzgó, no obstante, y de la misma opinión fué Mr. de Talleyrand, que era preciso salir de aquella situación penosa, intolerable y peor que la guerra misma. Pensaba el primer cónsul que si los ingleses deseaban conservar á Malta, y todas sus recriminaciones no eran sino meros pretextos para encubrir aquel deseo, convenía explicarse claramente con ellos sobre aquel punto y hacerles comprender que era inútil é imposible engañarle, cansarle ó hacerle vacilar; que si por el contrario había sinceridad en las inquietudes que manifestaban, cumplía tranquilizarlos revelándoles sus intenciones en un lenguaje franco y sincero que no les dejase la menor duda. Resolvió por lo tanto hablar él mismo con lord Withworth, y hacerlo con ilimitada franqueza para que se penetrase bien de que su partido estaba irrevocablemente tomado sobre dos puntos, la evacuación, que se proponía exigir imperiosamente, y la paz, cuya conservación deseaba de buena fe una vez obtenido el cumplimiento de los tratados. Iba á hacer esta nueva prueba; iba á revelarlo todo claramente, aun aquellas cosas que nunca se dicen á los enemigos, con objeto de disipar su desconfianza si no eran más desconfiados, ó de convencerlos de falsedad si procedían de mala fe; lo cual no podía menos de producir, como ahora veremos, una singular escena.

El día 18 de febrero por la noche invitó á lord Withworth á pasar á las Tullerías y le recibió con particular agasajo. Ocupaba el centro de su gabinete una gran mesa de despacho; hizo sentar al embajador á un extremo y él se sentó al otro (2). Díjole que había querido verse con él y hablarle directamente para convencerle de sus verdaderas intenciones, cosa que ninguno de sus ministros podría hacer tan bien como él mismo. Recapituló en seguida sus relaciones con la Inglaterra desde su

(2) El mismo día refirió el primer cónsul esta conversación al ministro de Relaciones exteriores para que se pusiese en conocimiento de nuestros ministros en las cortes extranjeras. Habló también de ella á sus colegas y á muchas personas que luego la perpetuaron. Finalmente, lord Withworth la trasladó íntegra á su gabinete; circuló por toda Europa, y se repitió de muchas maneras distintas. Tomando la más verídica de estas versiones, la reproducimos aquí, sin copiar precisamente las palabras, pero conservando la esencia, de cuya fidelidad respondemos.

(N. del A.)

principio, el esmero con que la había ofrecido la paz el día mismo de su promoción al consulado, las repulsas que había sufrido, la premura con que había vuelto á anular las negociaciones así que se le ofreció ocasión de hacerlo decorosamente, y, por último, las concesiones que había otorgado para conseguir la conclusión de la paz de Amiéns. Manifestó después el sentimiento que le causaba el ver tan mal correspondidos sus esfuerzos para vivir en armonía con la Gran Bretaña. Recordó las malas acciones hechas inmediatamente después de cesar las hostilidades, el desenfreno de las gacetas inglesas, la licencia permitida á la gaceta de los emigrados, licencia indisculpable según los principios de la Constitución británica; las pensiones concedidas á Jorge y á sus cómplices, las irrupciones continuas de los chuanes en las islas de Jersey y Guernesey; la acogida hecha á los príncipes franceses haciendo alarde de las insignias de la antigua monarquía, y por último el envío de agentes á Suiza y á Italia para suscitar entorpecimientos á la Francia. «No sopla un viento de la Inglaterra, exclamó el primer cónsul, que no me traiga rencores y ultrajes; pero henos aquí, añadió, en una situación de la cual es absolutamente preciso salir: ¿quieren ustedes ó no cumplir el tratado de Amiéns?.. Yo por mi parte lo he cumplido con la más escrupulosa fidelidad. Este tratado me obligaba á evacuar á Nápoles, Tarento y los Estados romanos en el término de tres meses, y en menos de dos han salido las tropas francesas de todos esos países. Diez meses han pasado desde el cambio de ratificaciones, y las tropas inglesas ocupan aún Malta y Alejandría. Es enteramente inútil que tratemos de engañarnos: ¿quieren ustedes la paz? ¿Quieren ustedes la guerra? Si quieren ustedes guerra, basta manifestarlo; la haremos con encarnizamiento y hasta consumar la ruina de una de las dos naciones. Si quieren ustedes paz, evacúen al punto Malta y Alejandría, porque, añadió el primer cónsul con tono de resolución inexorable, porque ese peñón de Malta sobre el cual se han levantado tantas fortificaciones, tiene para mí, además de su mucha importancia marítima, otra mayor todavía, que es la de interesar hasta el más alto punto al honor de la Francia. ¿Qué diría el mundo si dejáramos violar un tratado solemne firmado por nosotros? Dudaría de nuestra entereza y de nuestra fuerza. ¡Mi decisión está tomada: más quiero ver á ustedes en posesión de las alturas de Montmartre que dueños del peñón de Malta!» Sentencia terrible, harto confirmada para desgracia de nuestra patria.

Lord Withworth, que permanecía silencioso é inmóvil sin comprender apenas la escena en que estaba tomando parte, respondió brevemente á la declaración del primer cónsul. Alegó la imposibilidad de calmar en pocos meses los rencores que había suscitado entre las dos naciones una prolongada guerra, ponderó las trabas de las leyes inglesas que no dejaban medio alguno de reprimir la licencia de los escritores; explicó finalmente que las pensiones concedidas á los chuanes eran una mera remuneración de los servicios pasados, mas no el precio de servicios futuros (confesión singular en boca de un embajador), y que la acogida tributada á los príncipes emigrados era un acto de hospitalidad hacia el infortunio, hospitalidad noble que la nación británica ejercía de costumbre. Nada de eso podía justificar ni la tolerancia concedida á los folletistas

franceses, ni las pensiones dadas á asesinos, ni las insignias de la monarquía antigua que se permitía llevar á los príncipes de Borbón. El primer cónsul hizo notar al embajador lo frívolo de sus contestaciones sobre estos diversos puntos, y volvió al objeto importante de la evacuación de Egipto y de Malta. Por lo tocante á la evacuación de Alejandría afirmó lord Withworth haberse ya cumplido en aquel momento; en cuanto á la de Malta dijo que el retraso consistía en la dificultad de obtener la garantía de las potencias de primer orden y obstinadas negativas del gran maestre Ruspoli; pero añadió que iba por fin á evacuarse la isla cuando los cambios acaecidos en Europa, y especialmente el informe del coronel Sebastiani (1) suscitaron nuevos entorpecimientos. Al llegar aquí interrumpió el primer cónsul al embajador inglés. «¿A qué cambios alude usted?, le dijo: no será á la presidencia de la república italiana que me fué conferida antes de firmarse el tratado de Amiéns; tampoco será á la erección del reino de Etruria de que tenían ustedes noticia antes de ese mismo tratado, puesto que se les pidió, y ustedes prometieron, el reconocimiento próximo de dicho reino. ¿Alude usted por ventura al Piamonte? ¿Alude usted á la Suiza? No vale ciertamente la pena, pues muy poco han influido estos dos hechos en la realidad de las cosas. Mas sea de esto lo que fuere, ustedes no tienen hoy derecho de quejarse, porque en cuanto al Piamonte, ya antes del tratado de Amiéns había yo hecho saber á todos, así al Austria como á la Rusia y á la Inglaterra, lo que me proponía hacer. Me he negado á prometer el restablecimiento de la casa de Cerdeña en sus Estados siempre que se me ha pedido, y ni aun he consentido en estipular para ella una indemnización determinada. Ya sabían ustedes, pues, que yo me proponía reunir el Piamonte con la Francia; y por otra parte esta agregación no altera en manera alguna mi poder sobre la Italia, que es absoluto, y que quiero permanezca, y permanecerá tal. En cuanto á la Suiza, ustedes sabían muy bien que no consentiría yo en ella una contrarrevolución.

»Pero no es posible tener por sinceras semejantes aserciones; mi poder sobre la Europa desde el tratado de Amiéns no es mayor ni menor que antes era; yo les hubiera llamado á ustedes á compartirlo en los asuntos de Alemania si ustedes me hubieran manifestado otra clase de sentimientos. Saben ustedes muy bien que en todas mis obras me he propuesto llevar á cabo el cumplimiento de los tratados y asegurar la paz general. Veán ustedes, examinen ahora si existe algún Estado que se vea amagado por mí ó que intente yo invadir. Saben ustedes que no existe, al menos mientras dure la paz. Lo que dicen ustedes del informe del coronel Sebastiani es indigno de las relaciones de dos grandes

(1) Téngase presente la nota anterior, sin embargo de que en esta entrevista pudo muy bien hacerse mención del coronel Sebastiani, pues ocurrió hacia fines de febrero. El despacho de lord Withworth á su gabinete llevaba la fecha del 21. Escribía el embajador inglés que al cabo de esta conversación, que duró dos horas largas, acompañándole el primer cónsul hasta la puerta le preguntó con mucha cortesía por la duquesa de Dorset, y en seguida le dijo con amable sonrisa: «No deje usted de ver á Mr. de Talleyrand; el encargo del coronel Sebastiani es puramente comercial.» Esto mismo viene á ser una prueba de que lord Withworth no había hablado con el ministro francés del coronel Sebastiani cuando Mr. Thiers supone.

(N. del T.)

potencias. Por si tiene usted alguna duda acerca de mis proyectos en Egipto, voy á procurar tranquilizarle. Mucho he pensado en verdad en el Egipto y pensaré más todavía si ustedes me obligan á renovar la guerra; pero no comprometeré yo la paz de que disfrutamos hace tan poco tiempo por reconquistar aquella región. El imperio turco está amenazando ruina; yo por mi parte contribuiré á hacer que dure cuanto sea posible; pero si se desmorona, quiero que la Francia obtenga su parte. No obstante viva usted seguro de que no precipitaré yo los acontecimientos. Si hubiera querido, entre los numerosos armamentos que he enviado á Santo Domingo hubiera podido dirigir uno hacia Alejandría, sin que me hubieran servido de obstáculo los cuatro mil hombres que tienen ustedes allí. Me hubieran por el contrario servido de disculpa; hubiera invadido el Egipto de improviso, y esta segunda vez no me lo hubieran ustedes arrebatado; pero no pienso en semejante cosa. ¿Cree usted, añadió el primer cónsul, que yo me hago ilusiones sobre el poder que ejerzo hoy en la opinión de la Francia y de la Europa? No; este poder no es tan grande que me sea lícito hacer impunemente una agresión injusta. La opinión de la Europa se volverá al punto contra mí; mi ascendiente político se desvanecerá, y por lo que hace á la Francia, para conseguir de ella el ímpetu y el entusiasmo que me propongo excitar contra ustedes si me obligan á combatir, tengo que probarla que se me ha declarado la guerra, y que yo por mi parte no la he provocado; necesito hacer patente á sus ojos que toda la sinrazón está de parte de ustedes y que yo obro con justicia. No trazo, pues, agresión ninguna; todo cuanto tenía que hacer en Alemania y en Italia está ya hecho, y nada he hecho que no hubiera antes anunciado, confesado ó consignado en algún pacto. Ahora, pues, si duda usted de mi deseo de conservar la paz, dígame y juzgue si son mis palabras sinceras. Siendo aún bastante joven he llegado á conseguir un poderío y un renombre á los cuales nada parece poderse añadir. ¿Cree usted que quiera yo arriesgar este poder y esta gloria en una lucha desesperada? Si me veo envuelto en una guerra con el Austria, bien fácil me será encontrar el camino de Viena; si llego á estar en guerra con ustedes, yo los dejaré sin aliados en el continente y les imposibilitaré su acceso desde el Báltico hasta el golfo de Tarento. Ustedes nos bloquearán, pero yo también les bloquearé á mi vez á ustedes; nos convertirán ustedes el continente en una prisión, pero yo convertiré en prisión para ustedes toda la extensión de los mares. Sin embargo, para acabar la lucha será forzoso recurrir á medios más directos; habrá que reunir ciento cincuenta mil hombres, una inmensa escuadra, tratar de cruzar el estrecho, y quizás sepultar en el fondo de los mares mi fortuna, mi gloria y mi vida. Milord, una irrupción en Inglaterra sería una temeridad extraña.»

Dichas estas palabras, empezó el primer cónsul, con gran maravilla de su interlocutor, á enumerar por sí mismo las dificultades y peligros que ofrecería semejante intento, la cantidad material de hombres y de bastimentos que sería preciso lanzar al estrecho, y que él no dejaría de lanzar para tratar de destruir á la Inglaterra; é insistiendo siempre más, y siempre reconociendo la probabilidad de perecer como superior á la

de salir adelante con la empresa, añadió con un tono de extraordinaria energía:

«Sería una gran temeridad, milord: pero si me obligan ustedes, estoy resuelto á comerla. Expondré á todo mi ejército y me expondré yo mismo; pero una empresa de esa especie tendrá, dirigida por mí, probabilidades que no tendría con otro alguno. Yo he atravesado los Alpes en invierno y sé como se llevan adelante las mismas cosas que á la generalidad de los hombres parecen imposibles; y si llego á triunfar, su última descendencia de ustedes llorará con lágrimas de sangre la resolución que me veo precisado á tomar. Calcule usted, continuó el primer cónsul, si yo, que me veo ahora poderoso, feliz y tranquilo, debo arriesgar mi poder, mi felicidad y mi reposo en semejante empresa, y si hablaré con sinceridad cuando digo que quiero la paz.»

Recobrando después su calma añadió el primer cónsul: «Para ustedes como para mí lo más conveniente es darme una satisfacción ajustada á los tratados. Es preciso evacuar á Malta, no tolerar á mis asesinos en Inglaterra, dejar, si ustedes quieren, que me injurien los diarios ingleses; pero no esos emigrados miserables que deshonoran la protección que ustedes les conceden, y á quienes el *alien-bill* permite expulsar de Inglaterra. Pórtense ustedes conmigo con sinceridad, y yo por mi parte les prometo la cordialidad más completa; yo les prometo hacer continuos esfuerzos para conciliar nuestros intereses en cuanto tengan de conciliable. Piense usted cuál sería nuestro poder en el mundo si consiguiésemos identificar nuestras dos naciones. Ustedes tienen una marina que ni en diez años de esfuerzos consecutivos y usando de todos mis recursos podré yo igualar; pero yo tengo quinientos mil hombres dispuestos á marchar bajo mis órdenes adonde quiera yo conducirlos. Si ustedes son dueños de los mares, yo lo soy de la tierra; tratemos, pues, de unirnos en vez de hacernos la guerra, y arreglaremos á nuestro talante los destinos del mundo, Reunidas la Inglaterra y la Francia, no hay cosa que no puedan llevar á cabo, obrando según el interés de la humanidad y de su doble potencia.»

Este lenguaje, tan extraordinario por su franqueza, sorprendió y dejó turbado al embajador de Inglaterra, el cual por desgracia, aunque lleno de probidad, no era capaz de apreciar en su justo valor la elevación y la sinceridad de las palabras del primer cónsul. Hubiera sido preciso que las dos naciones reunidas oyesen aquella conversación y contestasen á aquel razonamiento.

No había dejado de advertir el primer cónsul á lord Withworth que dentro de dos días iba á abrir las sesiones del cuerpo legislativo, según lo prevenido en la Constitución consular, que fijaba dicha apertura para el 1.º de ventoso (20 de febrero); que según costumbre haría la exposición anual de la situación de la república, y que no causara sorpresa en Inglaterra el ver consignadas en dicha exposición las intenciones del gobierno francés con la misma claridad con que el embajador acababa de oirlas. Lord Withworth se retiró para enterar á su gabinete de lo que acababa de ver y de oír.

En efecto, el mismo primer cónsul había redactado el informe sobre la situación de la república, y fuerza es reconocer que jamás se vió gobierno alguno en el caso

de describir una situación más lisonjera ni lo hizo con más noble lenguaje. La calma y la seguridad que volvían á apoderarse de todos los ánimos; el restablecimiento del culto verificado con una rapidez sorprendente y sin disturbios; las huellas de las discordias civiles, que desaparecían en todas partes; el comercio, que recobraba su actividad; la agricultura, que progresaba; las rentas del Estado, que aumentaban de una manera visible; las obras públicas, que se desarrollaban con una celeridad prodigiosa; los trabajos de defensa ejecutados en los Alpes, en el Rhin y en las costas, adelantando con igual rapidez; la Europa entera dirigida por el influjo de la Francia y sin mostrarse ofendida ninguna nación más que la Inglaterra: tal era el cuadro que el primer cónsul iba á presentar, y que ya con mano maestra tenía trazado. Al día siguiente de la apertura, 21 de febrero (2 ventoso), tres oradores del gobierno llevaron esta exposición al cuerpo legislativo según el uso introducido bajo el consulado, y su lectura produjo el efecto seductor que debía producir doquiera. Pero el párrafo relativo á la Inglaterra, objeto de una curiosidad general, respiraba un orgullo poco disfrazado, y sobre todo una precisión tan categórica que debía forzosamente producir una resolución cercana. Después de haber pintado la feliz terminación de los asuntos germánicos, la pacificación de la Suiza, la política conservadora de la Francia con respecto al imperio turco, añadía el documento que las tropas británicas ocupaban aún á Alejandría y á Malta, que el gobierno francés se quejaba con derecho, y no obstante acababa de saber que los buques comisionados para transportar á Europa la guarnición de Alejandría habían entrado en el Mediterráneo. En cuanto á la evacuación de Malta no decía si sería ó no próxima, pero añadía estas palabras significativas:

«El gobierno garantiza á la nación la paz del continente y puede lisonjarse de que continuará la paz marítima. Esta paz es una necesidad y el deseo de todos los pueblos. El gobierno hará por conservarla cuanto sea compatible con el honor nacional, esencialmente ligado al estricto cumplimiento de los tratados.

»Pero en Inglaterra se disputan el poder dos partidos. Uno de ellos ha concluido la paz y parece decidido á mantenerla; el otro ha jurado á la Francia un odio implacable. De aquí proviene esa fluctuación que se observa en las opiniones y en los consejos, y esa actitud á un mismo tiempo pacífica y amenazadora.

»Mientras dure esta lucha de partidos hay medidas que recomienda la prudencia al gobierno de la república. Para defenderle y vengarle hay quinientos mil hombres dispuestos á tomar las armas: triste necesidad que miserables pasiones imponen á dos naciones que la conformidad de intereses y voluntades inclinan á la paz!

»Sea cual fuere en Londres el éxito de la intriga, no arrastrará esto á otros pueblos á nuevas alianzas; y el gobierno declara con justo orgullo que la Inglaterra aislada no podría hoy luchar contra la Francia.

»Pero tengamos mejores esperanzas, y creamos más bien que el gabinete británico no oirá más sugestiones que las de la prudencia ni más voz que la de la humanidad.

»Sí por cierto; la paz se consolidará más cada día; las relaciones de los gobiernos adquirirán ese carácter de

benevolencia que á sus mutuos intereses cumple; una feliz tranquilidad hará olvidar las largas calamidades de una guerra desastrosa, y la Francia y la Inglaterra, labrando su felicidad recíproca, merecerán el agradecimiento del mundo entero.»

Para juzgar debidamente esta exposición no convenía compararla con lo que se llama hoy día en Francia y en Inglaterra *discurso de la corona*, sino más bien con el *mensaje* del presidente de los Estados Unidos; sólo éste puede explicar y justificar los pormenores á que el primer cónsul descendía. Había querido hablar á todo trance de los partidos en que estaba dividida la Inglaterra para tener ocasión de expresarse con toda libertad sobre sus enemigos, sin que pudieran aplicarse sus palabras al mismo gobierno inglés. Asaz atrevido y peligroso era aquel modo de entrometerse en los negocios de un país vecino: con él sobre todo hacía una ofensa cruel é inútil al orgullo británico, dando por sentado, con palabras tan arrogantes, que la Inglaterra, reducida á sus propias fuerzas, no podía luchar contra la Francia. Lo peor era que, teniendo razón en el fondo, se la quitaba el primer cónsul en cuanto á la forma.

Cuando llegó á Londres esta exposición tan magnífica, pero tan arrogante, sobre la situación de la república, produjo mucho más efecto que el informe del coronel Sebastiani, y mucho más que los mismos actos de Italia, Suiza y Alemania, por los que censuraba al primer cónsul (1). Aquellas palabras intempestivas sobre la impotencia de la Inglaterra para luchar aislada con la Francia, indignaron á todos los corazones ingleses; agréguese á esto que el primer cónsul había acompañado á este último documento una nota pidiendo al gobierno británico explicaciones definitivas sobre la evacuación de Malta.

Veíase por fin obligado el gabinete inglés á tomar una resolución y á declarar al primer cónsul sus intenciones con respecto á aquella isla tan disputada y causa de tan graves acontecimientos. Grande era su apuro, pues no quería ni confesar la intención de infringir un tratado solemne, ni prometer la evacuación de Malta, ya imposible para su debilidad. Apremiado por la opinión pública á hacer algo, y no sabiendo qué resolver, tomó el partido de dirigir un mensaje al parlamento, que es á veces en los gobiernos representativos un medio para ocupar los ánimos y frustrar su impaciencia, pero que puede ser muy peligroso cuando no se sabe con claridad adónde se les quiere conducir y sólo se trata de darles una satisfacción momentánea.

En la sesión del 8 de marzo se dirigió al parlamento el siguiente mensaje:

«Jorge, rey...

»Su Majestad cree necesario participar á la Cámara de los Comunes que por hacerse en los puertos de Francia y de Holanda preparativos militares de consideración, ha juzgado conveniente adoptar nuevas medidas de precaución para la seguridad de sus Estados. Aun-

(1) Yo mismo he oído á uno de los personajes más respetables de la diplomacia inglesa decir después de cuarenta años, cuando el tiempo había disipado en él todas las pasiones de la época, que las palabras en que se decía que la Inglaterra sola no podía luchar contra la Francia, habían encendido en ira á todos los corazones ingleses, y que desde aquel día se consideró como inevitable la declaración de guerra. (N. del A.)